

## **Homilía en la Santa Misa Crismal**

Catedral Sagrado Corazón de Jesús, Limón.

Lunes Santo, 11 de abril, 2022.

Buenos días a todos. Mi saludo afectuoso a cada uno de ustedes en este día que compartimos con alegría la Santa Misa Crismal sintiéndonos elegidos por Dios para conformar el Cuerpo de Cristo: pueblo de Dios, laicos, religiosos y religiosas, sacerdotes, obispo y diáconos.

Saludo especial a los sacerdotes que nos acompañan Padre Joe Krafft de Luisiana , Padre Henry Dun ... misionero Comboniano. Y, en especial intención ponemos en la manos de nuestro Señor a los sacerdotes diocesanos fallecidos y a los sacerdotes de nuestro clero que se encuentran en Panamá Padre Junier y estudiando en España Padre Luis.

Saludos a los que nos escuchan por Radio Casino y las redes sociales de la Diócesis.

Tradicionalmente esta Eucaristía se celebra el Jueves Santo por la mañana, sin embargo, nos es permitido trasladarla, dada la distancia de muchas parroquias con esta Catedral, Iglesia Madre de nuestra Diócesis de Limón.

Celebramos el sacerdocio del pueblo de Dios y de sus sacerdotes ministros. Hoy le decimos al Señor que todos

somos parte de su Iglesia misionera y de su Cuerpo, en esta nuestra Iglesia particular que, en comunión con el Papa Francisco y toda la Iglesia, queremos caminar juntos, sinodalmente.

Siempre es una alegría reunirnos como hermanos sacerdotes y este año, afortunadamente, podemos tener una mayor participación. Pero ya sea que estemos presentes personalmente o participando de forma remota o virtual, a través de la transmisión en vivo en las redes sociales, el presbiterio se une como un solo cuerpo para la renovación de nuestras promesas sacerdotales, la bendición de los óleos y la consagración del sagrado crisma.

A medida que las restricciones por el Covid-19 se retiran gradualmente, lo que nuestros feligreses necesitan experimentar, es la alegría de regresar a la iglesia y a la Eucaristía. Quieren sentir y poder decir, como en las palabras del salmo 122: 'Que alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor, ya están pisando nuestros pies tus umbrales...' El tiempo del miedo, ansiedad, estrés y aislamiento que trajo la pandemia desde el año antepasado, ya está llegando a su fin. Y, por eso, sentimos que tanto los pastores como nuestros fieles, estamos listos para seguir adelante.

Queridos sacerdotes aquí presentes. Dios nos impulsa a emprender un nuevo camino en nuestro ministerio, Dios

es eterna novedad. Y eso significa conectarnos personalmente con tantos feligreses, que se han visto obligados a permanecer al margen de la vida de la Iglesia y así darles la bienvenida de nuevo a la comunidad cristiana y a la Eucaristía. Es un nuevo momento y estamos a punto de experimentar una explosión de alegría, a medida que las restricciones continúan retirándose. Un nuevo amanecer para todos nosotros.

Hemos pasado casi dos años confinados en nuestros hogares, hemos padecido el miedo al contagio y el temor a morir, hemos enterrado a seres queridos sin poder acompañarlos, y, seguramente, le hemos preguntado a Dios sobre el sentido de todo lo que ha pasado. Hasta es posible que muchos se hayan enojado con Dios, al no encontrar respuesta a los interrogantes suscitados por estas circunstancias y se hayan rebelado contra aquello que no entienden.

En la Biblia hay muchos salmos de quejas, escritos desde el dolor y la enfermedad, que son hermosas oraciones. El libro de Job pretende responder a la pregunta sobre el sufrimiento que nos llega de repente. No es contrario a la fe pedir a Dios respuesta a nuestras preguntas, siempre que no olvidemos que, como dice el profeta Oseas, Dios es Dios y no un hombre, es decir, no podemos ponernos a su altura ni pretender entender sus designios con nuestro limitado intelecto.

Es providencial que celebremos hoy la Misa Crismal en esta situación. Porque el aceite del olivo, que Dios nos ha regalado, se convierte en la liturgia de esta misa, en bálsamo para nuestras heridas, en unción para nuestra fragilidad, medicina para nuestras enfermedades y victoria sobre la muerte.

Dios, como el buen samaritano, nos recoge como al herido del camino y busca confortarnos con algo que nuestro pobre barro necesita: la gracia de sus sacramentos. Esta palabra, a la que nos hemos acostumbrado, significa misterio y signo. Es misterio, porque la vida del hombre en sí misma lo es; y Dios se acomoda a nosotros para hacernos entender lo que tanto nos cuesta. Y es signo, porque, detrás de los elementos sensibles que configuran el sacramento, se nos da la gracia que no vemos, pero que nos ayuda a caminar sin perder nunca la esperanza.

Si hubiéramos sido creados sólo para esta vida, seríamos unos pobres desgraciados. Pero si, además de esta vida, hermosa y dramática al mismo tiempo, hay otra sin término, propia de Dios y de sus hijos, el dolor se hace llevadero, la enfermedad se asume como prueba, y la muerte -la temible muerte- pierde el aguijón con que nos acosa, como enseña san Pablo (1 Cor 15,55-56). ¡Cuánto puede ofrecernos el aceite con que Dios nos unge!

¡Y cuánto conforta tener al lado un humilde sacerdote, pobre como nosotros, que nos alienta, bendice, acompaña, y santifica nuestra carne con la unción de Dios, más fuerte que cualquier pandemia! Cristo ha querido regalarnos hombres de barro, crismados por su gracia, que pueden entender nuestras preguntas, callar cuando no tienen palabras adecuadas, y acompañarnos en nuestra vida, como hizo Jesús con los discípulos de Emaús, para darnos el Pan vivo bajado del cielo.

Queridos sacerdotes, la vocación de cada uno de ustedes es ser padres espiritual de los fieles confiados a su cuidado, estar cerca de la gente. Ustedes ponen a disposición de ellos la gracia de los sacramentos, para ayudarles a crecer en la santidad como hijos de Dios. Ustedes forman en sus mentes y corazones las enseñanzas de Cristo. Y ustedes los acompañan en el camino a la vida eterna y la gloria del cielo. Como sacerdotes compartimos en la unción de Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, y somos inspirados por las palabras del Evangelio de hoy para llevar sus buenas nuevas y el aceite de gozo a su pueblo, una vez más.

Hemos sido llamados a socorrer a los heridos del camino para llevarles el óleo del consuelo y la solidaridad y que, en este tiempo de pandemia, han aumentado: los que pasan hambre, sed y abandono; los que sufren violencia, quienes han sufrido abusos; los

enfermos y solitarios en sus casas y en los hospitales; los emigrantes que sufren rechazo y hambre; los que no ven un horizonte para sus vidas, los que toman equivocadamente el camino de la violencia, los que viven presos de vicios y esclavitudes... a todos ellos somos enviados llevando la unción del Señor, mediante nuestra cercanía, escucha y solidaridad.

Hace unos días, a propósito de un simposio realizado en Roma sobre la teología fundamental del sacerdocio, el Papa Francisco, desde su experiencia de más de 50 años de vida sacerdotal, nos recordaba que la vida de un sacerdote es ante todo la historia de salvación de un bautizado, es decir, una llamada a la santidad que se realiza cuando buscamos amar como Jesús amó, haciendo visible a Dios.

Y nos regalaba cuatro consejos para entender nuestra vocación como una respuesta a Aquel que nos amó primero. Nos hablaba en concreto de cuatro cercanías que debemos de procurar porque son como los cuatro cimientos que dan solidez a nuestro sacerdocio.

La primera es la cercanía a Dios. Es nuestro deber mantener esta intimidad con Dios, con su Palabra, a través de la oración, la celebración de los sacramentos, del silencio de la adoración, de la consagración a la Virgen y de un adecuado acompañamiento espiritual. Sin estas “cercanías” concretas, en definitiva, un

sacerdote es, por así decirlo, sólo un obrero cansado que no goza de los beneficios de los amigos del Señor.

La segunda cercanía es al obispo. La obediencia no es un atributo disciplinar sino la característica más fuerte de los vínculos que nos unen en comunión. Obedecer, en este caso al obispo, significa aprender a escuchar y recordar que nadie puede pretender ser el poseedor de la voluntad de Dios, y que ésta sólo puede entenderse a través del discernimiento. La obediencia, por tanto, es escuchar la voluntad de Dios, que se discierne precisamente en un vínculo.

No es casualidad que el mal, para destruir la fecundidad de la acción de la Iglesia, busque socavar los vínculos que nos constituyen. Defender los vínculos del sacerdote con la Iglesia particular, con el instituto a que se pertenece y con su propio obispo hace que la vida sacerdotal sea digna de crédito.

La tercera cercanía es entre los mismos sacerdotes. Jesús se manifiesta allí donde hay hermanos dispuestos a amarse: “Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos” (Mt 18,20). También la fraternidad como la obediencia no puede ser una imposición moral externa a nosotros. La fraternidad es escoger deliberadamente, ser santos con los demás y no en soledad, santo junto con los demás.

Finalmente, y no menos importante, está la cercanía con el pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo fiel. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado.

Jesús quiere servirse de los sacerdotes para estar más cerca del santo Pueblo fiel de Dios. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (n. 268). La identidad sacerdotal no se puede comprender sin la pertenencia al santo Pueblo fiel de Dios.

En este sentido, siempre, pero hoy más que nunca, tenemos que ser cercanos servidores de todos, verdaderos pastores en medio del pueblo, dispuestos, animados y atentos a las necesidades de las personas. Este es el momento en que más nos necesitan nuestros fieles, no podemos esperar que lleguen después de todo este tiempo de restricciones, hay que salir a buscarlos, a entusiasmarlos y devolverles el gusto por la fe y la vida en comunidad.



Que las tareas administrativas no ahoguen nuestra identidad de pastores ni nuestra misión de encarnar a Cristo en medio del pueblo. Deleguemos funciones, confiemos en los laicos, involucrémoslos, tomémoslos en cuenta también para la buena marcha funcional de la parroquia, así tendremos más tiempo para salir, para caminar nuestras comunidades, para el encuentro y la escucha.

Como su obispo les pido, les invito y les exhorto: no se encierren en las casas curales, no se conformen con lo que hacen ni se acomoden con lo que tienen: salgan, gasten zapatos, suden y caminen con el pueblo, es la única forma de vivir un evangelio creíble, encarnado y auténtico.

Conozcan a las personas por su nombre, entiendan su realidad, vívanla, sufran, lloren, celebren, rían y gocen con ellas. Que la alegría del pueblo sea la suya, que sus problemas sean los suyos, abracen sus luchas, sus temores y esperanzas.

Nosotros hemos sido ungidos por Jesús para salir a ungir a los demás, sobre todo a los pobres. Si bien es cierto que seguimos en tiempos de pandemia y debemos cuidarnos lo mejor posible para cuidar a los demás, repito, no podemos quedarnos en nuestras casas, conventos o Iglesias sino que como Jesús, como San Vicente de Paúl, patrono de nuestra diócesis y tantos

otros misioneros, que en su tiempo desafiaron a las enfermedades y salieron a socorrer a los más necesitados.

En efecto, la vida y ministerio de San Vicente de Paúl, lo llevaron a un conocimiento de primera mano, de las lastimosas condiciones de vida materiales y espirituales de la población campesina en Francia, y también del clero parroquial que les atendía con serias deficiencias.

Esta experiencia y su propia evolución espiritual, le llevaron a una decisión irrevocable de dedicar su vida sacerdotal a la evangelización de la población campesina y a la formación de sus sacerdotes. A partir de esa decisión, la vida de San Vicente de Paúl se mantuvo hasta su muerte a los ochenta años, en 1660, en una línea constante de dedicación y atención espiritual y material de los pobres.

Hoy Jesús nos pide hacer lo mismo. Nuestra diócesis de Limón es tierra de misión. Necesitamos visión evangélica y mucha energía para, como San Vicente, darnos cuenta que el Señor hoy sigue presente en tantas y tantas personas que en nuestras parroquias viven al margen, en la pobreza material y espiritual, apartados de las opciones de un desarrollo integral para sus vidas y la de sus familias.

Atención especial en este contexto post pandémico a nuestros niños y jóvenes. No los perdamos de vista, que no se alejen de la Iglesia, desarrollemos los mecanismos para acercarlos, y en absoluta observancia de las normas vigentes, hagamos para ellos de la Iglesia un lugar seguro, con el concurso siempre de los laicos y de los padres de familia.

El Santo Padre nos ha llamado la atención en las últimas semanas también sobre los adultos mayores. La pandemia ha incubado en muchos de nuestros mayores temores y miedos que solo con la fuerza de la fe se pueden superar. También hacia ellos y ellas, desarrollemos una actitud pastoral preferencial, marcada por la fraternidad.

Acaba de terminar la campaña electoral y escuchamos muchas promesas para nuestro pueblo. Muchas que hemos oído desde hace tiempo sin que se hagan realidad. La Iglesia, por el contrario, no puede fallarle al pueblo, porque sería fallarle a Cristo. Nosotros no buscamos votos, ni siquiera simpatías, lo nuestro es estar siempre con las personas, y compartir con ellas la alegría del encuentro con el Señor.

Por eso, quiero agradecerles de parte del Señor a todos ustedes, mis queridos sacerdotes, que durante este tiempo duro de pandemia han sido muy creativos para saber llegar al corazón de las personas más necesitadas

y lo han hecho con sencillez y creatividad, ya sea presencialmente, por teléfono, por zoom u otros medios digitales, cuando no era posible de otra manera; pero siempre han salido al encuentro para brindarles los sacramentos, la escucha o la ayuda solidaria y eso, queridos hermanos, alegra mucho al Señor.

También expreso la gratitud a tantas personas, a los religiosos y religiosas misioneras, que han sabido acompañar desde los diferentes medios, los duelos y sufrimientos que están pasando muchos de nuestros fieles. Hoy abramos nuestro corazón al Espíritu Santo, para que nos ayude a renovar nuestro sí al seguimiento de Jesucristo, que este mismo Espíritu nos ayude a seguir caminado en Sínodo, como nos ha pedido el Papa Francisco. Y que María Santísima, Madre de Jesús y Madre nuestra, nos enseñe a llevar la unción que hemos recibido a los más necesitados.

Porque el Espíritu del Señor está sobre nosotros y nos ha enviado, como a Jesús el Redentor, a dar las buenas noticias a los pobres, a sanar los corazones heridos, a liberar a muchos de sus prisiones y a anunciar el año de la gracia del Señor. Que así sea.

**Mons. Javier Román Arias**  
Obispo de Limón